
BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

INFORMES OFICIALES

I

PREMIO DEL SEÑOR DUQUE DE ALBA
EN EL CONCURSO ABIERTO POR LA REAL ACADEMIA
DE LA HISTORIA PARA 1920 (1).

La Comisión honrada por la Academia con el encargo de redactar la ponencia del fallo que haya de recaer en el concurso abierto merced á la munificencia de nuestro ilustre colega el Duque de Berwick y de Alba, procuró corresponder á ese honor, afanándose en dar cima á su cometido antes de que expirase el plazo de cuatro meses, señalado como mínimo por la convocatoria de 1917. Dificultaron su tarea, prorrogando el término de ella algo más, así el número considerable como la extensión y óptima calidad de las Memorias que aparecen concurriendo esta vez al premio. Feliz fué la dificultad, comprobadora del patente renacimiento de los estudios históricos en España y motivo de sincera congratulación para los Académicos que suscriben, quienes creen, no obstante, oportuno, llamar la atención de la Academia sobre las ventajas que reportaría, en concursos sucesivos,

(1) Véase la convocatoria en el tomo LXX, pág. 546; tomo LXXIII, página 391, y tomo LXXIV, pág. 369, de los BOLETINES de 1917, 1918 y 1919, respectivamente.

una mayor especificación del tema, bien por la índole de las obras, bien por el período á que hayan de referirse, especificación que, sin merma de la amplitud con que se propuso el fundador estimular todas las formas de la investigación histórica, daría cierta homogeneidad á los trabajos que en cada ocasión compitiesen y permitiría ponderar, con menores probabilidades de yerro, sus méritos respectivos.

La indeterminación con que se convocó el certamen actual ha hecho posible que se juzgasen en condiciones de tomar parte en él los autores de dos obras literarias: una tragedia heroica sobre Numancia, y una historia novelesca, escrita con galana soltura, narradora de episodios que se suponen coetáneos de la reconquista de Madrid por Alfonso VI. Aun cuando el dramaturgo y el novelista hubiesen conseguido reflejar con exactitud en sus producciones el ambiente peculiar de la época á que se refieren sus fábulas, los escritos de entrambos carecerían de las calidades indispensables para obtener un premio de Historia.

Algo análogo acontece con la Memoria enviada bajo este lema: *Fundamentum veræ civiltatis doctrina est catholica*. El autor de ella realiza con gran fortuna en sus páginas lo que sin duda se propuso; esto es: escribir un *vademecum* histórico legislativo, para manejo de eclesiásticos en general y de seminaristas en particular; y aunque así el fondo como la forma revelan sólida cultura y conocimientos nada vulgares, sobre todo en Historia, tampoco puede incluirse esta obra en el número de las que se ajustan estrictamente á las condiciones del concurso.

Son las que restan por examinar nada menos que diez y siete, y al hacer la crítica de cada cual de ellas, quedará explicado, de camino, el criterio que aplicó la Comisión para formular la ponencia del fallo que somete hoy á la Academia en pleno.

Uno de los concursantes ha adoptado este lema lapidario: «Los pueblos que no tienen ideales son pueblos muertos. Para poder tenerlos es preciso que conozcan la Historia.» Pero convencido, sin duda, de la continuidad de esta disciplina, se remonta á los orígenes de la civilización social humana y agota sus esfuerzos en narrar, valiéndose de las fuentes que otros alumbrá-

ron, las vicisitudes de caldeos, asirios y demás pueblos orientales en los comienzos de la Edad Antigua.

Todavía es más considerable y benemérita la faena llevada á cabo por el autor de una voluminosa Historia del Japón, que él modestamente titula: *Notas políticas, literarias y militares para la historia de un pueblo de pocos años*. Cuatro seguidos de labor costó al interesado, según propia confesión, sistematizar las noticias copiosísimas que nos transmite, tomándolas de libros extranjeros; y el provecho que se obtendrá con la vulgarización de ellas en España promete no ser escaso.

De vulgarización es, asimismo, un estudio sobre Martín Lutero y la Reforma, señalado con el lema «Almansa», aunque, a diferencia del anterior, se omite en él todo aparato bibliográfico.

Estas tres obras, la segunda de las cuales es notabilísima, tienen, pues, de común, además de lo exótico del asunto, la carencia de investigación de primera mano; y, a juicio de los Académicos que suscriben, deben ser postergadas á las que contienen datos inéditos ó esclarecen con luz singular algún período de la Historia patria.

Por antítesis, procede citar ahora el concienzudo trabajo de transcripción de la correspondencia privada que se cruzó entre Felipe II y su Secretario Mateo Vázquez, desde 1574 á 1591, correspondencia que se guarda en el Museo Británico, adquirida por compras a coleccionistas españoles. El asunto es, en este caso, histórico y nacional; la ardua labor del historiógrafo, de primera mano, y considerable el interés que ofrece á los eruditos. Pero esta Memoria no contiene, en realidad, sino los materiales para una monografía, que el recopilador no intentó siquiera esbozar, aun cuando en las páginas de una somera *Introducción* haya hecho gala de poseer aptitudes sobradas para escribirlas.

Tiene, en cambio, todos los caracteres de la moderna monografía histórica la narración que versa sobre los «Últimos días de España en el Callao de Lima». Su autor utilizó la gran copia de papeles inéditos de que dispuso, para urdimbre del relato. Enriquece éste con una hermosa y bien documentada página: la

historia, todavía no cabal, de la dominación española en América; y nos muestra á la generación peninsular que presenci6 la pérdida del vastísimo Imperio ultramarino como digna sucesora, en virtudes militares y privadas, ya que no en arbitrios de buen gobierno, de aquella otra gloriosísima que llevó á las islas y tierra firme del mar Océano el espíritu español, esto es, las verdades de la fe cristiana y los progresos de la civilización europea.

De noticias inéditas se vale, asimismo, el autor de la Memoria registrada con este lema: «Los cuerpos caen del lado que se inclinan.» Hácese en ella la disección del partido carlista, desde 1868 hasta ayer, descubriendo intimidades, revelando episodios ignorados comúnmente y contribuyendo con eficaz aportación al acervo de la historiografía analítica del siglo XIX.

La asistencia al concurso presente de obras de mayor empuje y más general interés impide otorgar el premio á las simples monografías, denominación que, tanto como á las dos Memorias últimamente examinadas, cuadra á otras siete más, enumeradas á seguida. Bajo el lema *Jam illustrabit omnia*, un historiador, que muestra ser al propio tiempo artista exquisito, diserta sobre la batalla de San Quintín y el trascendental influjo que, á causa de la erección del Monasterio del Escorial, tuvo esta victoria en las artes españolas. Gran triunfo es también el del autor, puesto que prevalece en empeño tan difícil como era atribuir novedad é interés á un asunto desflorado ya por tantas plumas expertas.

La familia irlandesa de los O'Farril, transplantada á España en el siglo XVIII, ha tenido la fortuna de hallar un genealogista sagaz, laborioso é infatigable, que es además un escritor amenísimo. Cuando hubimos leído la voluminosa Memoria señalada con el lema «Amar á la familia es amar á la patria», quedamos perplejos, no sabiendo cuál fecundidad admirar más, si la prolífica de los O'Farril ó la ingeniosa de su cronista.

Entran después en liza dos historias regionales. Se refiere la una á la comarca alcarreña, cuyas vicisitudes, desde los tiempos prehistóricos á los nuestros, aparecen sucintamente registradas en sus páginas. El autor que se oculta tras el lema «Nuestra Señora de la Antigua», libre ya del acoso del tiempo á que le

condenó la fecha improrrogable de este concurso, se podrá consagrar ahincadamente al complemento de su labor y allegará, de seguro, sin gran fatiga, numerosos datos nuevos para él, que atañen á la historia de Guadalajara y su provincia.

Tampoco tuvo vagar para poner fin á su descomunal tarea el otro historiador regional, que, en vez del orden cronológico, adoptó el alfabético. Bajo el aquí adecuado lema de *Omnia vincit labor*, nos presenta un nutridísimo, aunque todavía no completo diccionario geográfico-histórico de la provincia de Orense, que costó, sin duda, largos meses de asidua é inteligente investigación, y merece ser calificado, sobre todo por lo que atañe á la historia eclesiástica, de modelo en su género.

Otro tanto se puede decir de la Numismática regional navarra, cuyo conjunto (catálogo, láminas y apéndices) parece agotar la materia. La gran copia de datos, con singular destreza sistematizados, y con no menor diafanidad expuestos, confiere á esta Memoria mérito relevantísimo, al punto de que la Comisión no vacilaría en asignarle una parte del premio si no fuese éste indiviso, por precepto expreso del estatuto fundacional.

La biografía tiene también entre los concursantes dos afortunados cultivadores. Estudia uno de ellos la figura ingente del Cardenal Cisneros, y su lucubración no desmerece parangonada con las de otros avezados biógrafos, aun cuando desde las primeras páginas se advierta que no se escribió siguiendo la traza de una monografía histórica, sino la de un discurso destinado á la lectura en público.

Tampoco la marcial postura de Antonio de Leyva pasó inadvertida antes de ahora para los historiadores particulares; no es fácil, sin embargo, que personaje ninguno, aun de mucha mayor cuenta que este general ilustre, haya sido estudiado con tan cariñoso celo y tan abultado acopio bibliográfico como lo fué Leyva en la Memoria que se distingue por el lema *Tibi fausta omnia*. Si en este biografiado las dotes del sistematizador y las del expositor concurren parejas con las que de investigador posee, sería perfecta su obra.

La Memoria cobijada por el lema «¡Santiago, cierra España!»,

merece capítulo aparte. Aquel legendario episodio de nuestra Reconquista que supone rescatado con la victoria de Clavijo el bochornoso tributo de las cien doncellas, y atribuye el triunfo de las armas cristianas á la aparición del glorioso Apóstol, ante cuyo sepulcro se postran después, una tras otra, innumerables generaciones, ofrendando anualmente, por voto nacional, el tributo de su gratitud imperecedera, ha sido, desde el siglo XVIII, palenque predilecto para los torneos de crítica histórica. El interés de la contienda trascendió al vulgo, porque con las disertaciones de los eruditos se mezclaron apasionamientos doctrinales y litigios económicos, y el fondo del asunto se embrolló de modo que parecía irremisiblemente entregado á perennes y estériles disputas de los hombres. Pero he aquí que un espíritu valeroso acomete la empresa ciclópea de reunir, clasificar y analizar cuantos argumentos se han aducido, desde el comienzo de la disputa hasta hoy, en pro y en contra de la tradición, y no sólo redacta un minucioso apuntamiento, sino que escribe, por añadidura, un amenísimo alegato, vindicador de la veracidad del magno suceso de Clavijo y del subsiguiente piadoso voto de Santiago.

Queda ahora el pleito concluso para sentencia, que dictará, en definitiva, ese gran Jurado de la opinión, á quien se dirige el escrito; pero cuantos lo lean atribuirán, desde luego, á su autor las singularísimas cualidades que acredita poseer: laboriosidad de benedictino, perspicaz sagacidad crítica, vasta cultura de humanidades, envidiable nitidez de estilo, extrema pericia en las artes de la polémica y suma habilidad para atraer y retener la atención del lector, por distraído que esté ó esceptivo que sea.

Si las bases de nuestro concurso estatuyeran un premio al talento, en vez de ordenar que el estatuído se discierna á la mejor obra histórica, la Comisión propondría, unánime, al autor de esta Memoria. Pero en sus páginas, el humanista, el crítico y el polemista rayan mucho más alto que el historiador. La tesis de la exactitud del milagro de Clavijo se defiende con ardorosa vehemencia; se piden armas á la escultura, la arquitectura, la paleografía, la diplomática, la sigilografía, la lógica, la psicología y la gramática, á la disciplina católica y monárquica, y, quizá tam-

bién, á la heurística; pero apenas si se esgrimen las que la Historia propiamente tal hubiese deparado, mediante un análisis comparativo del estado social y político de cristianos y musulmanes españoles en aquella remota era. Sólo fugazmente, y para probar la verosimilitud del tributo de las cien doncellas, vemos revivir, en obra tan voluminosa cuanto notable, á los hombres coetáneos del suceso.

Estas razones disuaden á la Comisión de proponer para el premio á la Memoria del lema «¡Santiago, cierra España!», no obstante reconocer su mérito excepcional y admirar muy sinceramente á su hasta ahora anónimo autor.

Los Académicos que suscriben, luego de haber colocado, como era lógico, en ínfimo lugar á las obras de segunda mano, creen adoptar también el criterio más justo para la ordenación relativa de méritos, inexcusable en todo concurso, clasificando las de investigación original por la importancia del asunto; es decir, posponiendo las monografías á las historias particulares, y éstas á las generales, puesta siempre á salvo la posibilidad del caso excepcional. No se dió éste, á juicio de la Comisión, en el actual certamen, ni se presentó tampoco historia general ninguna; pero sí tres particulares, que arrojan nueva y vivísima luz sobre otros tantos períodos de nuestro pasado.

Narra una de ellas la constitución, prosperidad, decadencia y ruina de aquel reino suevo, erigido al alborear la Edad Media en la región noroeste de la península. Sistematiza la otra todos los hallazgos (en buena parte logrados por el autor) que deparó hasta el día el estudio de la prehistoria de Galicia. Y la tercera, en fin, reconstruye de nueva planta la crónica del reinado en Castilla de Sancho IV el Bravo.

Desde el punto de vista de la investigación científica, no es posible preferir ni preterir á ninguna. El narrador de las gestas suevas agotó el examen de las fuentes germánicas y españolas capaces de ilustrar tan bárbaro período. El paleontólogo, que es, además, competentísimo geólogo, describe, una tras otra, todas las estaciones prehistóricas de la tierra gallega, sin omitir detalle. El historiador del reinado de Sancho IV recorrió paciente-

mente las poblaciones que integraban en aquella sazón los dominios de la Corona castellana, escudriñó sus archivos, y tuvo la fortuna de descubrir, amén de las cuentas de la Cámara real, otros muchos documentos inéditos, que componen, transcritos é insertos por apéndices, una completa colección diplomática, bastante por sí sola para merecer el dictado de obra benemérita.

Aquilatando más la comparación, como lo requería la necesidad ineludible de atribuir el premio á una sola de estas Memorias, hubimos de disputar la menos excelente de las tres á la historia de suevos, así por el desaliño de su estilo, como por la menor dificultad que respecto de las otras dos representa el trabajo que el autor se impuso. Clasificamos á continuación á la prehistoria de Galicia, en la que echamos menos una síntesis coordinadora de los datos de hecho reunidos, que la haga accesible y útil al público profano, incapaz de apreciar como el erudito todo el valor de las importantes observaciones dispersas en las páginas de esta Memoria y registradas en abstrusos términos técnicos.

Asignamos, por consiguiente, el primer lugar á la historia del reinado de Sancho IV, que extrae el jugo de voluminoso cuerpo documental, diluyéndolo en veinte breves capítulos, con elegante amenidad narrativa y estilo tan sobrio y sencillo como correcto; obra que interesa por igual á iniciados y legos, y que avalora sus perfecciones técnicas con bellos atractivos literarios.

Opinamos, en conclusión, que el premio del concurso instituído por el Duque de Berwick y de Alba debe adjudicarse en el año actual á la Memoria señalada con este lema: «La verdad desface las mentiras, así como el fuego quema é consume lo que se echa en él.»

Tal es nuestro dictamen, que sometemos gustosos al superior criterio de la Academia.

Madrid, 11 de Junio de 1920.

ADOLFO BONILLA.

EL CONDE DE CEDILLO.

G. MAURA.
